

riolano, rehusó el sancionar la proposición senatorial, que lo presentaba con grandes encarecimientos á su veto, y no aceptó aquel nombre tan ilustre y aquella persona tan excelsa para la codiciadísima dignidad del consulado. Tal desaire le desconcertó al punto de agravársele y extremársele todos los excesos naturales á su temperamento y obstruírsele todas las vías amplias del juicio. Desde la hora en que le infligieron los plebeyos aquella derrota política, no tuvo ninguna otra idea en su mente ni otra imagen ya en su retina. Parecióle destronada en su persona la clase á que pertenecía. Creyó ver su descendencia humillada y perdida para siempre. No podía mirar los penates de su casa, recelando que le reconvinieran á una con acerbidad sardónica. Las sombras de sus progenitores, de sus Marcios, patricios sacerdotales unos, patricios guerreros otros, le asaltaban la fantasía y le desgarraban el pecho. Disgustábale un tálamo nupcial, donde sólo podía engendrar seres disminuídos en dignidad, é inferiores por tantos títulos á sus excelsos abuelos. Pero, sobre todo, el rubor le cubría. Lá frente cuando miraba el rostro de su madre, y lo creía descubrir asombrado y entristecido por el popular desaire. Susceptible, muy susceptible; cáviloso, muy cáviloso; poco sufrido y muy exaltable al dolor de cualquier agravio, exaltación dolorosísima y sólo

comparable á su indiferencia por los dolores y las heridas del cuerpo, Coriolano ya no vivió más desde la hora en que atacara el partido popular á su orgullo patricio con la denegación de una dignidad á la que imaginaba tener derecho por su heredada sangre y por sus propios méritos. Así no entró en Corioles, cuando logró rendirla con un puñado de valientes, como se proponía entrar, con el ímpetu, con el arrojo, con el estruendo, con el furor, en los populares derechos y en las fortalezas de instituciones y leyes, á tanta costa erigidas por el pueblo. Desde lo alto de su montaña palatina, viendo la Roma cuadrata fabricada por el primer monarca romano, en guisa de campamento; el templo de la Victoria, donde se reunía el Senado; las piedras ciclópeas del Pomerio, amontonadas, no solamente contra los extranjeros, sino también contra los populares, proponíase concluir con todo aquello que oliese á plebe, y juraba desarraigar con su espada y descuajarlos, como si de pobres árboles se tratara, el Monte Sacro y el Monte Aventino. Vengarse, vengarse por todos los medios imaginables, recurriendo á los excesos mayores, empleando todas las armas: he aquí la idea fija de Coriolano. Y se vengó cruelmente. La pasión política cree lo cruel bueno en cuanto sirve para cohonestarlo un pretexto cualquiera. Coriolano todo se



lo creía permitido á su voluntad con tal que condujese á defender y salvar la clase y estirpe á que pertenecía, y con la cual creía unida, indisolublemente, la grandeza de su ciudad natal. Y no comprendía, en el hervor de sus pasiones y en la ceguera de sus juicios, cómo perpetraba el mayor de los crímenes anteponiendo su partido á su pueblo y su clase á su ciudad. La idea de patria no estaba en él tan clara como la idea de familia. Descubría más el hogar que el Estado; amaba más á su madre Veturia que á su madre Roma; la tierra henchida por los plebeyos, aunque fuese tierra madre también, tenía mucho de aborrecible para su corazón; el despojo de un plebeyo le importaba tanto como el despojo de un perro; el Aventino de la plebe le causaba más horror que las ciudades en armas de los volscos enemigos; una idea dominaba por completo: la superioridad de los patricios parientes, casi de los dioses, únicas gentes capaces del derecho y destinadas á ejercer imperio y dominación sobre Roma. No era un hombre, no era un latino ciertamente, no era un romano, era un patricio, y esta calidad sobrepujaba con exceso á las demás cualidades suyas y le absorbía en términos de darle un alma, en la cual predominaba por todo sentimiento el rencor y por toda idea el propósito firme de una ruidosísima venganza.

La resignación, la conformidad, virtudes muy propias de un filósofo, no pueden ser, no, las virtudes propias de un guerrero. El infortunio en las almas fuertes aguza toda propensión al combate. Pelear era para Coriolano vivir, y vivir pelear. Prefería la muerte á la derrota. Imaginaos, pues, de qué manera tomaría el desaire infligido á su persona por el pueblo. No lo creyó un desaire personal tan sólo ¡ah! lo creyó un desaire á su clase privilegiada. El Senado, tan herido como él, aumentaba estas supersticiones. La juventud patricia le decía con su apasionamiento natural en los oídos mil siniestras palabras. Cabeza de toda una clase, jefe de todo un partido, escondía cuanto en su cólera pudiese aparecer personal en el triple culto á sus predecesores, á sus iguales y á sus herederos. Hasta los dioses, hasta los augurios, hasta los auspicios amenazados, toda la religión de su gente le parecían parte mayor en su cólera que los agravios personales y propios. Así no detenía sus resoluciones violentas y extremas por ninguna consideración. Llegó á la Ciudad Eterna, entre las angustias de una hambre horrosa, el socorro de trigo abundante. Comprada una porción en Italia, y otra porción remitida por un rey amigo, aguardábala el pueblo como una bendición de los dioses, como uno de los presentes mejores que po-



dían advenir en tantas miserias y adversidades á su hogar atribulado y á sus hijos hambrientos. Siempre que reina una calamidad natural se agraban las disensiones políticas. El deseo de alcanzar buen pan fácilmente había serenado los ánimos. Así, mientras el Senado y los cónsules deliberaban en su templo, la muchedumbre discurría por los alrededores confiada en la esperanza de que le vendiesen baratos los cereales adquiridos y á prorrata le repartieran los regalados. Coriolano se opuso á toda piedad, fundándose con ira en el natural airado y levantisco del pueblo, en sus indocilidades á la gente patricia, en sus propensiones á la indisciplina y anarquía, en el furor de sus demandas más que imperiosas, en la calumniosa insolencia de sus palabras indecentes contra el Senado, en el ensorbecimiento por las concesiones hechas, en la desobediencia invencible á las leyes más respetables, en sus costumbres anárquicas, según las cuales autoridad y poder desaparecen á una, en sus resistencias al servicio militar y á las expediciones guerreras, en los gérmenes de discordia sembrados por sus pasiones sobre el suelo patrio, en la poda emprendida con los privilegios aristocráticos, en los derechos recortados de las antiguas instituciones y las ventajas obtenidas sobre los nobles, en todos los adelantos políticos de la última edad

histórica. Y discurriendo con semejante cólera, capaz de cegar y oscurecer la más clara inteligencia, ocurriósele una verdadera indignidad: sitiarse al pueblo por hambre y decirle que no le soltarían los nobles la remesa de trigo como él no soltase á los nobles la institución del tribunado y su privilegio de veto. En su afán de ensordecir á las adulaciones y resistir á las amenazas acometió á sus contrarios, movido por una grande injusticia y arrastrado por la mayor violencia. El furor le cegaba por completo la conciencia. El acto de cambiar el pan por el derecho no tenía excusa y denotaba cuán vil creía Coriolano al pueblo, creyéndole capaz de preferir á su íntima libertad un pobre mendrugo. Muchos nobles quisieron resistir; pero el influjo de Coriolano sobre las curias era incontrastable y su decisión por la venganza decidió hasta los más considerados y tímidos. Toda la grande aristocracia romana se dejó conducir por aquella ciega ira y convino en guardar el trigo mientras guardase la plebe á su vez el privilegio. No podía cometerse una falta mayor. Los sentimientos más nobles debían sublevarse tras tal acto contra la nobleza egoísta y avara. Una corriente de indignación popular debía seguramente atravesar los nervios y las venas de aquella sociedad encendida en abrasadora guerra civil. El estallido



de los corazones correspondió á lo grave del atentado y á lo profundo de la mortal herida. Así bien puede asegurarse que las resistencias del general consiguieron lo que merecían en reciprocidad, una revolución tremenda.

También había en toda esta porfiada tenacidad algo de la educación materna. El privilegio de un patricio tiene mucho que ver con la religión romana, como que deriva de las divinidades y de los muertos; obedece á liturgias transmitidas de generación en generación desde los altares, y los sepulcros, y los templos; ejerce ministerios sacros con fórmulas semejantes á las hieráticas del Asia; consulta y oye auspicios tan sólo al patriciado abiertos; interpreta misteriosos augurios que le revisten con todas las virtudes sobrenaturales de los profetas, y entronca sus genealogías naturales con sobrehumanas prosapias; por todo lo cual un desacato á la nobleza, venido de aquellos á quienes consideraba como despojados de todos estos privilegios sacerdotales é indignos de todas estas confianzas divinas, considerábanlo á una los nobles en el seno de sus supersticiones profundas, no ya como una revolución política ó social, sino como un atentado religioso digno de perdurable castigo y reprobado por todos los romanos dioses. En sus ideas de clase, en sus supersticiones de an-

tigua educación, en su fe romana se nutrían tantas cóleras nobles, de las cuales dimanaban todas estas resistencias incomprensibles. El pueblo había ido poniendo sus tribunos sobre los cónsules y sus asambleas numerosísimas sobre aquel tan grave y rígido Senado. Por consecuencia, parecíale á Coriolano su política una rebeldía contra los dioses, y pareciéndole una rebeldía contra los dioses juzgaba cosa lícita exterminarlos por hambre, pues la divinidad no se cura de la muerte que inflige á los mortales, y cuando intenta deshacerse de ellos, los mata por cualquier camino y de cualquier modo. Coriolano veía herida su madre con el desaire infligido al nombre y autoridad de su cachorro; veía la religión profanada por los desencantos plebeyos, y en tal estado, su exaltación, agravada por sus múltiples supersticiones, creía justos y legítimos todos los medios de defensa y de resistencia, todos, hasta los de naturaleza más absurda y de objeto más criminal. Sobrepujaba todo lo hecho y dicho hasta entonces el criminal intento de cambiar el poder de los plebeyos tribunos por el trigo de la noble annonæ. Habían cogido y acaparado los patricios el producto fiscal de las aduanas en Ostia, el monopolio de la sal estancada, el pan de los públicos almacenes, el campo común arrancado á los pueblos vecinos por medio de la sangre plebeya, el



campo privado y particular con la usura desmedida; y ahora se negaban á repartir hasta los regalos hechos por los reyes al pueblo y demostrativos de que allá en suelo extranjero y en el corazón de un tirano brotaban afectos de cariño frustrados por los patricios romanos. A tales consideraciones la plebe desatinaba. Y concluído el discurso de Coriolano contra la plebe, dicho en el Senado, transmitieronlo con exageraciones de gesto y de palabra los mismos senadores á los tribunos populares y éstos á los oídos plebeyos, promoviendo y despertando el escándalo consiguiente. Por algunos minutos llegóse á creer que la plebe se lanzaría sobre su Senado, invadiéndole, y sobre su general, despedazándole. Pero la religión tiene mucha fuerza en los pueblos primitivos, y si el patricio sentía orgullo por sus prerrogativas, el plebeyo sentía por su parte á esas prerrogativas miedo. Así la cólera popular pudo conjurarse, y lo tramado contra Coriolano reducirse á una citación ante las asambleas del pueblo, cada día más numerosas y más tumultuarias. Los lictores, que se presentaron á requerirle, fueron recibidos y tratados por aquel duro varón cual si fueran heraldos extranjeros. Entonces el tribunado creyó necesario ir en la persona de sus dos tribunos á sujetar la cólera del soberbio. Acompañaban á los tribunos los ediles. Unos y

otros quisieron echarle mano, y él se resistió á las autoridades legítimas de su pueblo como pudiera resistirse altivo en los combates con milites extraños.

En tal estado las cosas, el pueblo creyó desacatada su autoridad y á un ciudadano de la nobleza principal en abierta rebeldía. Pagadísimo, como todas las clases romanas, del derecho y prerrogativas que le competían, alzóse tumultuario á infligir la condigna justicia con sus fuerzas, ya que no pudiera con sus magistraturas. El Senado comprendió cómo se le venían encima dificultades tan grandes cual aquellas en el Monte Sacro suscitadas por el apartamiento de los menores, decididos á fundar una Roma democrática. Y comenzaron á requerir de paz al pueblo y prometerle, no solamente obediencia y respeto al derecho suyo, ventajas en las cuestiones económicas. La irreconciliación, la intransigencia, las extremas pasiones políticas representadas por Coriolano y sentidos en lo más profundo é interno de su temperamento, no se avenían mucho con el temperamento romano, tan fuerte, y duro, y valeroso en la guerra, como conciliador, y templado, y moderadísimo en la política. Esta voluntad férrea del caudillo se parece á la piedra ciclópea no desbastada por mano ninguna y puesta como por fuerzas naturales en muros



que provocan el ataque y representan menesteres y oficios de guerra. Son los tiempos estos de suma virtud, pero también de suma dureza. La virtud existe, mas con la categoría y el concepto de fuerza. No hay en ella cosa ninguna de bonancible y amable: todo es rudo y áspero. Por consecuencia, como los seres enormes y monstruosos de ciertas edades geológicas, representa Coriolano un medio geológico bien diverso de los que debían seguirle. Y á pesar de tales caracteres históricos, revelados por la muerte de Lucrecia y Virginia, por la barbarie de Appio Claudio, por la dureza de Bruto, por la intransigencia de Coriolano, la suma destreza política, que debía distinguir al pueblo rey, conduciéndolo tanto casi como sus armas á las cumbres del Estado, despuntaba por todas partes. Maquiavelo, con razón, observa que todas estas porfías entre plebeyos y nobles, por su derecho los unos y por su privilegio los otros, no dió jamás de sí ni las guerras civiles ni las ejecuciones capitales que por cosas de menos momento han tristemente los pueblos y los tiempos modernos ensangrentado, por carecer nosotros de aquella jurisprudencia instintiva y aquellas prácticas judiciarias connaturales á los que debían extender sobre la tierra el fundamento y base de todos los futuros códigos. Mas en esta ocasión concreta correspondió con la intransigencia del general Coriolano la intransigencia del pueblo rey.

No quería contentarse con otra cosa que con el implacable castigo. Pero escuchó á los nobles entre los arrebatos de sus cóleras y con el dolor causado por las heridas abiertas en su dignidad. Y dijo que con un hombre soberbio hasta la extremidad horrible de creerse cónsul de derecho propio; rebelde por no haber obtenido el consulado; concitador de los patricios contra los plebeyos; irreverente á las leyes hasta desobedecerlas; desavenido con todo poder y autoridad hasta desacatarlos; capaz, como si los lictores del tribunado perteneciesen á cualquier pueblo enemigo, de golpearlos; desenfrenado, altivo, provocador, chocante, pendenciero, en sus discursos tan desatinado como en sus resoluciones, merecía un severo castigo y había que infligírselo, á fin de mostrar cómo en Roma nadie podía creerse allá en sus adentros anterior y superior á la patria. Comprendían los aristócratas el fundamento de tamañas quejas, pero querían cegar su origen y fuente con verdaderas concesiones. ¡Oh! No querían oír cosa que no fuese la observancia del derecho consuetudinario y la inflexible aplicación de penas severísimas. Acordes los dos tribunos, tras examen maduro, decidieron que Coriolano aparecía reo de leso pueblo, y, por tanto, incurso en las penalidades más tremendas.



y responsable de los mayores crímenes. Imposible concordia de ningún género en trance tan tremendo, al extremar cada cual su derecho respectivo y ejercer sus prerrogativas. El conflicto provenía de los temperamentos que creyera Coriolano tomar en venganza de los devorados desdenes y de los tristes desengaños.

Sigamos la narración. Sentenciado á muerte por los tribunos y preso por los pretores, según Plutarco refiere, la nobleza corrió á las armas para impedir el cumplimiento de sentencia tan atroz en general tan victorioso. Quizás otro pueblo menos político insistiera en su propósito y llegara en lograrlo á términos de guerra civil. El pueblo rey, más adiestrado en política, cedió, prometiendo cambiar la muerte por el destierro. A todas estas determinaciones precedían fórmulas de verdadero derecho, prácticas de sabia jurisprudencia. Por consiguiente, Coriolano fué requerido á comparecer ante los tribunales del pueblo en los días de mercado. Estas ferias periódicas alcanzaban mucha importancia en los pueblos antiguos. Como solían celebrarse cada nueve días llamábanse nundinas. En ellas también se reunían los comicios. Hoy mismo, los pueblos meridionales, remiten á los días de mercado los mayores asuntos y las entrevistas con quienes quieren tratar ó pactar. Yo lo recuerdo ahora

de las provincias valencianas y murcianas. Pobladísimas, cada día de la semana se celebra el mercado en uno de los pueblos vecinos; y por tal modo llega entre todos ellos á establecerse, no sólo el cambio de los productos, sino el cambio de los afectos y de las ideas. En el mundo social como en el mundo natural, engendra el movimiento calor, y el calor da luz y vida. Pues en Roma también los tribunales y los comicios del pueblo se reunían los días del mercado. Y á estos tribunales y á estos comicios fué requerido Coriolano. La clase patricia se dividió sobre si debía ó no acudir. Una parte creía soliviantar al pueblo, en vez de calmarlo, concediéndole tanto poder, mientras otra parte creía la guerra civil inexcusable de no sujetarse á la popular autoridad el viejo patriciado. Resolvióse, por fin, que se presentara Coriolano y repeliera las acusaciones tremendas. La tristeza de quien perdía en aquellos conflictos sólo puede compararse con el regocijo de quien ganaba. Dice Plutarco, al referir esto, que ya no se conocían plebeyos y patricios por sus sendos trajes, sino por sus rostros, de alegría en los unos y en los otros de irreparable tristeza. No pudiendo acusarle de tirano, pues jamás ejerciera dignidad y poder político, fuera de sus cargos militares, acusáronle de rebeldía. Una palabra fácil moviera los sentimientos del pueblo y le



llevara por grados á la concordia, persuadiéndole por medio de aquella persuasión dulce, pero irresistible, obra capital de toda verdadera elocuencia. Pero se conoce que su ardor guerrero y su temperamento de acción se compadecían poco en Coriolano con la serenidad completa de juicio indispensable á quien dirige á sus semejantes por medio de la persuasión y de la elocuencia. Acusaciones como las fundadas en sus discursos del Senado, en sus resistencias á la distribución del trigo, en sus amenazas al pueblo, en sus repartos de despojos traídos por sus gentes y por él entre aquellos mismos que los habían allegado, tantas vanas quejas debieran desvanecerse con facilidad al influjo de una palabra con fluidez y con elocuencia. Pero Coriolano, educado por una madre severa y silenciosa, la cual estaba más instruída en el arte de consagrar concisas oraciones á sus dioses penates que en el arte de hablar con las gentes, marró por completo á lo debido y careció, no sólo de la elocuencia que persuade y arrastra, de la razón y del raciocinio que iluminan y convencen. La torpeza de su proceder agravó su causa y le perdió en el concepto público. Las intransigencias sirven más para el estallido de las pasiones que para el ejercicio de la razón. Tras su inhábil discurso no había otro remedio que una inmediata condena. Dieron á los

comicios por tribus las tablas donde había de inscribir su voto; por tres de mayoría le condenaron á perpetuo destierro, venciendo así en lucha pacífica el pueblo á la nobleza y corroborando su indudable soberanía.

El Senado se sintió herido en las entrañas mismas del sér suyo á la sentencia fulminada terriblemente sobre el mayor y más ilustre de los senadores. Un estremecimiento de guerra civil corrió por todos sus nervios, y un oceánico fragor de cólera subió desde las curias al cielo. Coriolano se calló profundamente. Como todos los hombres de reconcentrada ira, opuso el silencio desdeñoso y el menosprecio aparente á tamaña injusticia. Cuando se creyera por tantos títulos adquiridos y tantos méritos naturales dueño de Roma, resultaba que no tenía en Roma lo permitido al último de los ciudadanos, un hogar. Calló, pues, y de sus labios contraídos por noble sonrisa no brotó una palabra de reconvención. La ira se le reconcentraba en el corazón, hasta llegar á un estallido sin precedente y sin ejemplo. Fuese, pues, á su casa, preparándose y apercibiéndose á la natural obediencia. En su casa encontró á la mujer, á la madre, á la familia desolada. Ellas, las mujeres, habían recibido la pena. Su corazón amante pasaba por la mayor de las pruebas. Una familia sin varón